



SAN PEDRO DE ALCÁNTARA (1499-1562): UN MODELO IMPOSIBLE PARA EL SIGLO XXI*

SAN PEDRO DE ALCANTARA (1499-1562): AN IMPOSSIBLE EXAMPLE FOR THE 21ST CENTURY

JOSÉ ANTONIO CALVO GÓMEZ
Universidad Pontificia de Salamanca
Instituto Español de Historia Eclesiástica, Roma

Recibido: 04/07/2022

Aceptado: 22/09/2022

RESUMEN

Este trabajo de investigación histórica sobre la espiritualidad bajomedieval y del primer Renacimiento español trata de analizar la fama de virtud, vivida en grado heroico, y la fama de signos que sostuvieron la beatificación de san Pedro de Alcántara (1499-1562) en 1622 y su canonización en 1669. Se trata de valorar la vigencia de un modelo de santidad señalado por algunos rasgos de exigencia personal, en el límite de las fuerzas humanas, y de ciertas manifestaciones fenomenológicas de la Divina Providencia que resultan algo distantes para la mentalidad eclesial del siglo XXI. Pretendemos analizar la validez de algunas decisiones alcantarinas para el cristianismo contemporáneo que, en su pragmatismo, no desdeña expresiones como la sobriedad en el alimento o el vestido, el silencio y el recogimiento personal, o la relación armónica con el medio ambiente.

* Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del Instituto Español de Historia Eclesiástica anejo a la Iglesia Nacional Española de Santiago y Montserrat en Roma en el marco de los proyectos de investigación del año 2022.

Palabras clave: Historia de la espiritualidad; modelo de santidad; procesos de canonización; san Pedro de Alcántara; siglo XVI.

ABSTRACT

This historical research work on late medieval spirituality and the first Spanish Renaissance attempts to analyze the fame of virtue, lived to a heroic degree, and the fame of signs that sustained the beatification of Saint Peter of Alcantara (1499-1562), in 1622, and his canonization, in 1669. It is a matter of assessing the validity of a model of holiness marked by some traits of personal exigency, at the limit of human strength, and of certain phenomenological manifestations of Divine Providence that are somewhat distant for the ecclesial mentality of the XXI century. We intend to analyze the validity of some alcantarine decisions for contemporary Christianity that, in its pragmatism, does not disdain expressions such as sobriety in food or clothing, silence and personal recollection, or the harmonious relationship with the environment.

Keywords: Canonization processes; History of spirituality; model of holiness; Saint Peter of Alcantara; 21st century.

I. INTRODUCCIÓN

El martes, 15 de diciembre de 1615, don Diego de Castejón y Fonseca, provisor y vicario general de Plasencia, en nombre de don Enrique Enríquez, obispo de la ciudad, remitió un requerimiento a todos los curas propios y lugares tenientes de su jurisdicción. En un breve documento, que se conserva, trasladó la petición de fray Pedro de Montaña, procurador de la provincia de san José, de los descalzos de san Francisco, para que facilitasen en sus parroquias la recopilación testifical sobre la fama de santidad y signos del padre fray Pedro de Alcántara, fundador de la provincia¹.

Junto a la súplica, el padre Montaña añadió un extenso interrogatorio de 65 preguntas por las que debían ser examinados los testigos que oportunamente pudieran presentarse². Así ocurrió en la villa de Zarzalejo, el 22 de diciembre

1 Archivo Apostólico Vaticano, Archivo de la Sagrada Congregación de Ritos (*en adelante:* AAV, Congr. Riti), processus 4, 364r-364v. Cf. José Antonio Calvo Gómez, “El modelo de la santidad de la contrarreforma y la construcción de la nación española”, *Archivo Ibero Americano* 74/279 (2014): 617-666.

2 AAV, Congr. Riti, processus 4, 365r-373v. Cf. Calvo Gómez, “El modelo de la santidad...”, 650-664.

siguiente³; y en Trujillo, el día 29, ante el doctor Antonio de la Parra, arcipreste de la ciudad⁴.

Pocas semanas más tarde, el jueves 14 de enero de 1616, el mismo procurador presentó un nuevo interrogatorio ante Pedro de Carvajal, obispo de Coria. En este caso, había seleccionado 24 preguntas de las 65 iniciales que sirvieron de base para la deposición de los testigos en la jurisdicción cauriense, sobre todo en la capital y en los municipios de Torrejoncillo y Pedroso de Acim⁵.

Estos diplomas, conservados junto a las pruebas testifical y documental para la canonización de san Pedro, beatificado en 1622, perfilaron un modelo de santidad singularmente atractivo, aunque aparentemente impracticable. Los testigos, que confirmaron algunos pormenores sobre de la vida y milagros del penitente alcantarino, señalaron algunos rasgos que, cuatrocientos años después, resultan, si cabe, todavía más inalcanzables. Incluso santa Teresa expresó su admiración por lo que entendía era una obra extraordinaria de la gracia en diálogo con la naturaleza humana: “No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas y que no son los tiempos pasados”⁶.

Los primeros biógrafos de san Pedro profundizaron en aquella consideración que incidía, sobre todo, en los rasgos más llamativos, incluso extravagantes, que en el imaginario colectivo lo elevaron hasta extremos que, con el correr de los siglos, hicieron inviable cualquier acceso común a su modelo de santidad⁷.

3 AAV, Congr. Riti, processus 4, 364v.

4 AAV, Congr. Riti, processus 4, 364v-365r.

5 AAV, Congr. Riti, processus 4, 403v-407r. Cf. José Antonio Calvo Gómez, “La virtud heroica y el dominio sobre la naturaleza. La memoria sobre los milagros de san Pedro de Alcántara (1499-1562) en la diócesis de Coria”, *Archivo Ibero Americano* 80/290 (2020): 291-391. Hubo un interrogatorio anterior. Véase: José Antonio Calvo Gómez, “La fama de virtud heroica y la fama de gracias y favores en el modelo de la santidad de la contrarreforma española. El primer interrogatorio sobre la vida y milagros de san Pedro de Alcántara (1499- 1562)”, *Archivo Ibero Americano* 75/280 (2015): 47-108.

6 *Libro de la Vida*, 27, 16. Véase: Sebastián Alonso Planchuelo, “Relaciones espirituales entre san Pedro de Alcántara y Santa Teresa”, *Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacerreños* 47 (1999): 99-102; Florencio-Javier García Mogollón, “San Pedro de Alcántara y santa Teresa de Jesús. Arte e iconografía”, *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 13 (2018): 395-428.

7 Juan de Santa María, *Crónica de la provincia de San Joseph de los descalzos de la Orden de los menores de nuestro seráfico padre san Francisco* (Madrid: Imprenta Real, 1615); Martín de San José, *Primera parte de la historia de los padres descalzos franciscos. Historia de las vidas y milagros de nuestro beato padre frai Pedro de Alcántara* (Arévalo: Imprenta de Gerónimo Murillo, 1644); Juan de la Trinidad, *Crónica de la provincia de San Gabriel de frailes descalzos de la apostólica Orden de los menores de la regular observancia de nuestro seráfico padre san Francisco* (Sevilla: Imprenta de Juan de Ossuna, 1652); Juan de San Bernardo, *Crónica de la vida admirable y milagrosas haçañas del admirable portento de la penitencia san Pedro de Alcántara, reformador de la Orden Seráfica* (Nápoles: Imprenta de Gerónimo Fasulo, 1667); Melchor de Pobladora, “Prodromi beatificationis Sancti Petri de Alcántara (1615-1622)”, *Collectanea franciscana* 37 (1967): 286-305; Antonio de Huerta, *Historia y admirable vida del glorioso padre san Pedro*

Si no estaba aquel mundo para sufrir tanta perfección, ¿sería entonces más sensato renunciar a cualquier intento de identificar en él algunas claves para ahondar en la vida cristiana en la actualidad? ¿Debemos entender que san Pedro de Alcántara es ya un modelo imposible y, por tanto, ajeno de toda significatividad para el cristianismo del siglo XXI?

Nos resistimos a aceptarlo. De hecho, vamos a tratar de reestablecer aquí este prototipo de santidad, más necesario, si cabe, en la actualidad, amenazada por la pérdida del horizonte sobrenatural, por la instalación materialista de nuestra sociedad, también de nuestras comunidades cristianas. Volvemos, por tanto, sobre la raíz del propio modelo y la redacción de los documentos originales que sirvieron de base para la canonización de san Pedro en 1669. Cuando Pedro de Montaña recorrió las diócesis de Ávila, Coria, Plasencia, Toledo y el territorio *nullius* de la villa de Alcántara recopilando los testimonios de cientos de personas que conocieron al franciscano, consagró un paradigma en el que podemos obtener algunos rasgos de su virtud, vivida en grado heroico, y de los signos, también esperanzadores para nuestro mundo.

Podemos reconocer ciertas propiedades que, más allá de las formas externas, de la representación estética o la expresión formal, definen una ambiciosa relación con la propia naturaleza humana, en primer lugar, presupuesto irrenunciable para la existencia cristiana; con la Divina Providencia, a continuación, como primer interlocutor con las humanas personas, que precede, conforta, eleva y resucita; y con la humanidad necesitada, el otro, que san Pedro busca, infatigable, para llevarle el consuelo de la fe y la esperanza. En la distancia, define un programa de vida que mantiene su vigencia cinco siglos después, con la cautela de

de Alcántara (Madrid: Imprenta de María Rey, 1669); Tiburcio Navarro, *Sanctus Petrus de Alcantara post mortem redivivus sive fructus posthumi quos Ecclesia catholica ex fundata ab ipso provincia S. Josephi discalceatorum et ab aliis ex ista emanatis percepit* (Roma: Typis Angeli Bernabó, 1669); Marcos de Alcalá, *Crónica de la santa provincia de San Joseh... Vida portentosa del penitente admirable y contemplativo altísimo san Pedro de Alcántara*, primera parte (Madrid: Imprenta de Manuel Fernández, 1736). Para un tratamiento actual, véase: Juan Mesenguer Fernández, “Camino de perfección de San Pedro de Alcántara”, *Archivo Ibero Americano* 39 (1979): 467-471; Rafael Sanz Valdivieso (ed.), *Místicos franciscanos españoles I. Vida y escritos de san Pedro de Alcántara* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996), con una reseña en: Francisco Martínez Fresneda, “Vida y escritos de San Pedro de Alcántara”, *Carthaginensia: Revista de estudios e investigación* 14 (1998): 419-425; Teodoro Fernández Sánchez, “El consistorio para la canonización de san Pedro de Alcántara (Roma, 28 de abril de 1669)”, *Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacerreños* 47 (1999): 13-30; Para una recopilación bibliográfica más completa, véase: Calvo Gómez, “La virtud heroica...”, 383-391. Sobre la representación de san Pedro, véase: Manuel Lázaro Pulido, “San Pedro de Alcántara de Enrique Pérez Comendador: una aproximación filosófico-teológica”, *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 9 (2014): 213-243.

no caer en el recurso simplificado pues cada afirmación forma parte de un proyecto humano, espiritual y apostólico verdaderamente exigente⁸.

II. EL PRESUPUESTO IRRENUNCIABLE DE LA NATURALEZA HUMANA

Existen, al menos, seis rasgos que definen la relación que san Pedro estableció con su propia naturaleza. Nuestro imaginario colectivo ha querido representar gráficamente un hombre atormentado, que sometió su cuerpo a graves disciplinas que repudia nuestra conciencia. Conviene, entonces, ahondar en los motivos e identificar los principios que guiaron su existencia hoy verdaderamente necesarios.

1. EN EL PRINCIPIO, TODO ERA BUENO

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno” (Gn 1,31). San Pedro de Alcántara no interpretó que el mundo hubiera nacido deteriorado de las manos del creador. Dios creó a los hombres para la vida y así lo afirmó el padre Montaña desde sus primeras pesquisas: “Desde la niñez y tierna edad en que se crió en casa de sus padres comenzó a dar muestras y esperanzas de las excelentes virtudes y sanctidad que después tuvo” (§3).

Desde el principio, san Pedro quiso mantener aquella bondad original que Dios había establecido para toda su creación: “Luego en principio en que los otros hombres auren los ojos al mundo a él se los aurió Dios para sí y, siendo de diez y seis años, tomó el hábito de nuestro padre sant Francisco en la custodia que entonces era de la prouincia de Santiago que en aquel tiempo era la más reformada y de mayor rigor y aspereza que hauía en las prouinçias de España” (§4).

Esta delimitación conceptual sobre la santidad de san Pedro no arranca de una naturaleza imperfecta sino del anhelo de sostener la voluntad inicial del creador que diseñó a los hombres libres de culpa y capaces del bien: “Desde el principio del nouiçiado comenzó a dar muestras de vida angélica y celestial, de

8 Hubo algunos intentos anteriores de reconocer en san Pedro rasgos válidos para la espiritualidad contemporánea. Véase: Mariano Acebal Luján, “Pierre d’Alcantara, Saint”, en *Dictionnaire de Spiritualité* XII (Paris: Beauchesne, 1986): 1489-1495; Arcángel Barrado Manzano, *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida* (Madrid: Editorial Cisneros, 1965); y José Antonio Merino (ed.), *Un hombre de ayer y de hoy, san Pedro de Alcántara* (Madrid: Editorial Cisneros, 1976).

modo que su vida tan en los principios de su conuersión parecía no de noviçio sino de varón ya muy aprouechado y exerçitado en todo género de virtud” (§5). Contemplamos una castidad no deteriorada, una coherencia natural que consagró también afectos y sentidos a la voluntad de Dios⁹.

San Pedro trató de vivir en armonía creadora con los espacios, ajeno a la curiosidad que deteriora la mirada; no trató de señalar el mal sino de vivir en una sensata indiferencia de los sentidos: “Era tan singular en mortificar el sentido de la vista que en todo el año que estuu en la çelda donde le pusieron noviçio no echó de ver si era de tabla o teja vana y, auiendo entrado muchas ueçes en la iglesia y capilla mayor del conuento, no sauía si era de uóueda [...]. Y los que más de çerca aduertían en él esta mortificaçión afirmaron en mucho tiempo que le trataron no hauía leuantado los ojos de tierra para mirarlos” (§11)¹⁰.

2. EL DOMINIO DE LA NATURALEZA CAÍDA

San Pedro no fue un ingenuo que desconociera los entresijos de la naturaleza herida por el pecado, expulsada del jardín del Edén, desterrada (Gn 3,23). No fue ajeno a la lucha de los sentidos, al aguijón de la carne; pero no se dejó atrapar por la concupiscencia y, en su combate, “resuçitó aquellos primeros rigores, aspereças y penitencias de nuestro padre sant Françisco en sí mismo, practicándolos y executándolos sin perdonar ninguna de quantas pudo alcançar [...]; los que le trataron y conoçieron decían que no hauía cosa en el evangelio ora fuese consejo ora de preçepto que, quanto era de su parte, no lo pusiesse en execución con el mismo rigor” (§12).

Este señorío sobre la vanagloria y la ostentación se manifestó en algunos signos externos, como en “la aspereza del háuito que traía” a la que “añadía, a rayz de la carne, un çiliçio de çerdas torçidas y entretexidas de nudos y lazos, cosa asperísima” (§18). Además, “siendo ya viejo y enfermo, le vieron algunas ueçes en la fuerça del invierno metido en el agua hasta la çinta y otras hasta los

9 La limpieza de sus gestos le llevó en alguna ocasión a quedarse casi desnudo en la huerta del monasterio mientras secaba su hábito. Véase: AAV, Congr. Riti, processus 4, 366v-367r (§20). Sobre su infancia, véase: José Antonio Calvo Gómez, “El estatuto de limpieza de sangre en los procesos de canonización. La investigación sobre san Pedro, nacido en Alcántara en 1499”, *Archivo Ibero Americano* 76/283 (2016): 601-692.

10 Aquella coherencia *creatural* se trasladó también a la relación con la naturaleza. Frente a un mundo inhóspito, exacerbado, san Pedro reconoció en él la creación de un Dios bueno que se lo había entregado para que diera sus frutos. Así se manifestó en la misa en El Pedroso de AAV, Congr. Riti, processus 4, 370r-370v (§47).

hombros” (§21); y, “por ser tanto y tan continuo el maltratamiento de su cuerpo, parecía de hombre muerto, que viuió tan flaco y consumido que no tenía más que la piel pegada a los huesos” (§23). La lucha continúa.

3. EL USO POBRE DE LA CREACIÓN

Aquella faceta de penitente apareció ante nosotros como cumbre inalcanzable que hacía de san Pedro una imagen para la sola admiración, ajena, por tanto, a la vida cotidiana de los fieles cristianos que se conformarían con una vida más anodina en la miseria del pecado. Pero, en realidad, aquellas rigurosas penitencias fueron episodios puntuales, aunque repetidos, que se intercalaron en el ejercicio cotidiano de la virtud.

La significatividad de san Pedro recaería, entonces, no en las graves penitencias que infligió a sus maltrechas carnes, en coherencia con nuevos grados de exigencia personal, sino en la conformación de una existencia en la virtud, en aquella altiplanicie del bien en la que, una vez alcanzada, se ejercería con menor esfuerzo, más allá de las pequeñas resistencias de la vida cotidiana.

La austeridad y la economía de la escasez, que lacera la sociedad actual del despilfarro y la abundancia fingida, fue su forma concreta de virtud, que se trasladó al uso de las cosas necesarias, el alimento, el vestido, el calzado y el sueño: “Se abstenia de comer carne y beber vino [...] por amor que tenía a la mortificación de su carne, que quería hacer ajena de todo regalo. Pero, lo que más, es por amor de la sancta pobreza por quanto le parecía ser muy conforme a ella ni beber vino ni comer carne” (§36).

Muchas ueçes, por quitar del poco gusto de las legumbres, las desauía con çeniza, tierra o agua fría, diçiendo que en la comida no se hauía de buscar más de poderse sustentar y que esto hacía no solo quando comía en el refectorio con sus religiosos más también en las mesas de los príncipes y señores seglares que por su deuoción le conuidaban. Y que, siendo la comida qual se ha dicho, la tomaua con tal limitación que no comía sino a terçero día y que en tres años no comió otro ningún manjar sino un poco de pan moxado en agua fría (§13).

En cuanto a su vestido, “nunca trajo más que un solo háuito de sayal, grosero y vil, igualmente en tiempo de fríos y aygres o nieves y de otra neçesidad de flaqueza, vejez o enfermedad y que en ningún caso de estos añadió algún otro hilo de ropa al háuito sençillo, pobre y viejo que de ordinario traía, y que xamás

le vistió nuevo sino de los que otros dexauan a emitaçión de nuestro padre san Françisco” (§16)¹¹. Además,

siempre anduvo descalço en pie desnudo por tierra y, sano ni enfermo, nunca trajo cosa alguna en los pies [...]. Y que, si acaso tenía algún pie herido con neçessidad de avrigo, solo en aquel se ponía una sandalilla bieja y en el otro andaba descalço, y que este rigor guardó siempre en todo tiempo, aunque fuesse de yelos, aguas, nieves, etçétera, en casa y fuera de ella, e por los caminos, aunque fuesen de sierra ásperos y largos (§17).

Lo más interesante sería reconocer las razones que acumuló en cada decisión, en la austeridad que imprimió al uso de las cosas necesarias. La documentación se alía con el alcantarino y se vuelve parca en explicaciones, aunque deja entrever algunos motivos al detallar lo singular y limitado que era “en tomar el sueño corporal que no alargaua [...] más de hora y media o dos horas entre día y noche [...]; la raçón por que auorreçía tanto el sueño y velaba con tanto cuidado deçía él era porque el sueño corporal era más dañoso que la muerte, pues esta junta el alma con la presençia de Dios y aquel la aparta, por el tiempo que dura, de esa misma presençia suya de Dios” (§14).

Habría que buscar en su anhelo permanente de oración la escasez que se concedía en el descanso: “en más de quarenta años, no se supo que durmiese en cama sino arrimado a un palo que tenía él atravesado en la çelda, la qual era tan corta y estrecha que no pasaba de quatro pies de largo, siendo el hombre de creçida y grande estatura” (§15).

4. INTERIORIDAD HABITADA

La clave de interpretación de la austeridad en la vida de san Pedro habría que buscarla en su interior; no como el soliloquio de un demente ajeno a la humanidad, sino como el diálogo del que se ha encontrado con alguien: “Era tan feruososo y continuo en la oraçión y se aferuoraba y ençendía tanto en ella que muchas ueçes rompía en gritos [...] que ponía asombro y espanto a los religiosos que estauan con él” (§38)¹². Aquellos “exçessos de espíritu” se manifestaron

11 AAV, Congr. Riti, processus 4, 366v (§19); y AAV, Congr. Riti, processus 4, 367r (§22). En AAV, Congr. Riti, processus 4, 366-366v, añadió que, “en tiempo de invierno y rigores de aygres e fríos no tenía otra ropa de avrigo en su çelda que un pellejuelo en que cassi siempre estaua asentado sobre sus rodillas” (§15).

12 Gabriel Amengual Coll, “Interioridad habitada. Ipseidad y alteridad en las ‘moradas’ de santa Teresa de Jesús”, *Cauriensa. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 16 (2021): 39-54.

como expresión de una energía que le desbordaba. “Su boca habla de lo que rebosa el corazón” (Lc 6,45).

Algunas veces, corría con tanto ímpetu a su celda tomado de este espíritu que, con estar muy flaco y enfermo, no parecía que andaua, sino que uolaua como un viento y, ençerrándose en su celda, se estaba allí por mucho tiempo, gozando aquella visita del Señor. Y que, otras veces, leuantado en pie y estendidos los brazos en cruz, estaua en este háuito y postura orando por espacio de una hora, y otras veces más. Y lo mismo dicen que hacía rezando el offiçio diuino y que le aconçecía estar assí en el choro todos los maytines y algunas ueçes quedarse arrebatado y fuera de sí en el ayre (§38).

La presencia de Dios le embriagaba; su interioridad desbordada le llevaba a excesos. San Pedro se dejó conquistar, como jardín cerrado, fuente secreta; “de ti brota un jardín de granados con frutos exquisitos [...], fuente de los jardines, manantial de agua viva que fluye desde el Líbano”; gritó el amado en el Cantar de los Cantares (4,12-15).

5. LA TENSIÓN POR EL REINO, SIN AFLOJAR UN PUNTO

Esta relación con su pobre existencia, lejos de retraerle a un estado de ausencia, huida o abandono, le convirtió en protagonista de la renovación de la vida religiosa en España. Su coraje, su tenacidad interior mantuvo su causa durante décadas:

Religiosos de crédito que lo trataron y conoçieron afirman que fue tan grande su rigor y aspereza en todo género de penitençia que de ninguno otro sancto de nuestra orden hallaron escripto lo que en él por sus ojos hauían visto, no por espacio de un año, ni quatro, ni diez, sino de quarenta y siete que viuió en la religión, en los quales lleuó siempre en un peso este rigor sin afloxar un punto (§24).

La diligencia interior se trasladó a su comunidad: “Siendo provincial, tuvo algunas contradicçiones a causa de la gran reformaçión con que procuraba reducir su provincia en toda su perfecçión, las quales vençió con summa humildad y paçiençia y que, después de hauer cumplido enteramente con todas sus obligaciones [...], deçía sieruo ynútil soy e indigno e de ningún provecho en la casa de Dios” (§26). No había otra causa que la de Cristo, empeñado en la salvación del género humano.

6. SI DIOS REINA, LA TIERRA GOZA

San Pedro de Alcántara fue un santo alegre, apasionado por la presencia de Dios, honrado de poder cumplir su voluntad, despierto a la bondad y a la belleza: “Era tanta su paçiença y suffrimiento en las enfermedades y dolores muchos que padeçia, naçidos de sus penitençias y aspereças,” que nunca “se oyó de su uoca palabra de quexa ny desabrimiento, antes se mostraua muy alegre y apacible, en lo qual daua a entender la mucha voluntad y amor con que padeçia la perfecçión de su gran paçiença en quanto era padeçer voluntariamente por Dios, que es el género de martyrio que se halla en los confessores” (§34). Transmitió aquella alegría que brota de saberse amado, de haber entregado la vida a una causa, de vivir en coherencia con la naturaleza, de conocer el sentido de su vida. Conoció la alegría de Dios y la entregó generosamente¹³.

III. LA DIVINA PROVIDENCIA QUE PRECEDE, CONFORTA, ELEVA Y RESUCITA

El primer interlocutor que encontró en su camino fue Dios entregado. Se dejó encontrar por él, lo reconoció en la ofrenda de la eucaristía y quiso representar en su cuerpo las marcas de la cruz. Finalmente le respondió con su vida y ministerio apostólico en un diálogo confiado y sostenido sobre su voluntad eterna de salvación.

1. DEJARSE ENCONTRAR

San Pedro mantuvo, desde su juventud, un interlocutor que define su existencia: Cristo en su humanidad, sobre todo en el misterio de su muerte redentora, anticipo de la gloria. Se abrió sin reservas a la trascendencia, que armonizó en su vida cotidiana. Un día, santa Teresa vio que, “estando comiendo el santo, Nuestro Señor Jesuchristo le daua de ueuer con su propria mano, y la toalla para limpiarse, y le hacía el plato, y preparaba la comida en la messa, y metía los bocados en la uoca” (§29)¹⁴.

13 En este sentido, véase la compleja relación que se estableció como pasión-dolor-alegría-plenitud en la experiencia mística de algunos autores bajomedievales como Giordano de Pisa, san Vicente Ferrer, Jaume Roig o Isabel de Villena en: Anna Isabel Peirats Navarro, “Christus medicus: teologia i metàfora de la curació espiritual”, *Zeitschrift für Katalanistik: Revista d'Estudis Catalans* 35 (2022): 203-237.

14 En otra ocasión, “en la çiudad de Áuila uio otra muger [...] llamada Mari Díaz, la qual [...] le halló sentado a la mesa, comiendo en casa de un cauallero, su deuoto, y vio que estaua Nuestro Señor a su lado y le ponía los vocados en la uoca y, quedándose absorta y fuera de sí, olvidada de lo que yua a buscar dixo: «Cómo,

San Pedro se dejó encontrar y entró en diálogo con los bienaventurados, que tenía por amigos: “Estando diciendo misa el dicho sancto, y oyéndola la sancta madre Theresa de Jesús, para comulgar vio que nuestro padre sanct Francisco le seruía de diácono y san Antonio de subdiácono, según que ella misma lo dixo después a personas fidedignas” (§29). En otra ocasión,

viniendo dos frayles de ordenarse y auiendo de cantar el uno la missa el otro día en poniéndose a cantar comenzó el evangelio de san Juan *In principio erat Verbum* y, oyéndole el siervo de Dios que estaua cerca de allí, le dio tal ímpetu de espíritu que se fue corriendo [...] luego se arrodilló delante del Sanctísimo Sacramento [...]; y viendo que se detenía mucho, le dexaron a sus solas con Dios y se fueron (§40).

No se trataba de una ostentación espuria o un intento vano de llamar la atención, sino la consecuencia de vivir en la presencia de la Gracia en los momentos de singular intensidad espiritual, en la celebración de los sacramentos, sobre todo en la eucaristía, en la oración; y de continuar el diálogo en la vida cotidiana¹⁵.

2. UNA CRUZ HABITADA

El eje de su relación con Dios giró entre los quicios de la encarnación y de la cruz. Pero san Pedro no abrazó una cruz desangelada, vacía. Acompasó su existencia a la del mismo Cristo que la habita, que asume el peso de la humanidad; y experimentó los mismos sentimientos del que no consideró como presa codiciable ser igual a Dios, sino que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,5-8).

Tratando delante de él los misterios de la encarnación o del sacramento del altar se arrebatada y quedaua en éxtasis mental por algún tiempo y que, estando en el conuento de El Pedroso, passando junto a una cruz que estaua en la huerta, se arrodilló delante de ella y, con los brazos puestos en cruz, y los ojos clavados en ella, se quedó arrobado y, sobre su caueça, pareció una nuue tan clara y resplandeciente como suele estar quando el sol se embuelue en ella y de los

Señor mío, aquí estáis vos». A la qual respondió el Señor: «Pues dónde quieres hija que esté sino regalando mis escogidos» (§29).

15 José María Domínguez Moreno, “Milagros eucarísticos cacereños”, *Revista de folklore* 449 (2019): 15-29; Luis Villasanté, “Doctrina de san Pedro de Alcántara sobre la oración mental”, *Verdad y vida: revista de las ciencias del espíritu* 21 (1963): 207-255; David Sánchez Sánchez, “Cofradías sacramentales a principios del siglo XVI como reflejo de la devoción eucarística tardomedieval”, *Specula. Revista de Humanidades y Espiritualidad* 3 (2022): 171-191.

ojos le salían unos rayos que iban derechos a la cruz tan resplandecientes como los rayos del sol. Y en esta deuota y sancta postura estuvo por largo tiempo arrebatado en Dios (§41).

3. RESPUESTA EN LIBERTAD

San Pedro acogió la gracia, dejó que Dios fuera Dios, que se diera eternamente y transformara su existencia desde el interior. Se trataba de un diálogo de libertades en que daba su respuesta a un amor primero que se manifestaba en hechos verificables:

La sancta madre Theresa de Jesús, tratando de los efectos del espíritu, raptos y excesos mentales [...] dixo yo conocí uno llamado fray Pedro de Alcántara que creo es sancto, según fue su vida, que hacía esto mesmo, y le tenían por loco los que algunas veces le oyeron dar gritos y voces nacidos de la embriaguez del espíritu con que quería que todas las criaturas viniessen con él a alabar y glorificar la bondad de Dios (§42).

4. LA CONFIANZA EN DIOS

La presencia del milagro y de los fenómenos en la vida de los santos es signo de la obra de Dios y, por tanto, expresión y actualización de la misma salvación cumplida en Cristo de una vez para siempre. San Pedro no buscó la ostentación ni exigió el milagro como prueba. Confió en Dios y dejó que, en su indignencia, le ofreciera su ayuda. Sus ojos fueron capaces de descubrir la actuación de la Divina Providencia que agradecía, pero no exigía; que acogía, pero no imponía; y tampoco se jactó de su presencia.

Podríamos resumir la vida de san Pedro si decimos que Dios no hunde, sino que eleva; Dios no frena, sino que ayuda a caminar; Dios no se olvida de sus criaturas, sino que las alimenta y sacia su sed; Dios no hiere, sino que alivia el dolor de sus hijos; Dios no destruye, sino que resucita. En un verdadero diálogo entre libertades, quiere cambiar nuestra vida y se produce el milagro que introduce en el mundo una singular dinámica del bien. Según el evangelio, nos exhorta a dar de comer al hambriento y de beber al sediento (Mt 25). Si conviene, hará el milagro; si no, habremos cumplido su palabra que nos reclama que no nos cerremos a nuestra propia carne (Is 58,7-10).

Se contó que,

quando el sancto decía missa, era con tanto espíritu i deuoción y lágrimas que afirmaron personas graues que ningún sermón oían que más les mouiese que una missa del sancto fray Pedro, y que muchas ueces le uieron por buen espacio levantado del suelo. Y que, quando esto le acontecía, en acauándola, daua un grito de los que solía y luego se retiraua a la çelda donde le sentían los religiosos pelear con los demonios, los quales, en lo inuisible, pero también en lo visible y corporal, le persiguían, no pudiendo sufrir su mucha sanctidad y virtud (§39).

También,

yendo a tomar el háuito al convento de San Françisco de los Mançarretes, de la dicha provincia, una legua apartado de la villa de Valençia de Alcántara, llegando al río Tiétar, donde se passa la uarca de la Bazagona y no allando al uarquero ni orden como passar sin sauer cómo ni por dónde, sino por la diuina virtud, milagrosamente se halló de la otra parte del río en el camino que hauía de tomar (§5)¹⁶.

En otra ocasión,

siendo prelado en el conuento del Rosario en un despoblado, junto al río Tiétar, dos leguas del lugar más çercano, en tiempo de nieves muy recias y de grandes crecientes del río y arroyos, sin hauer vía humana por donde ser proueydos de algún mantenimiento, passados tres días que, con gran trabajo, se hauían sustentado de algunas yerveçillas que estauan debaxo de la nieue, yendo el sancto con todos sus frayles delante del Sanctíssimo Sacramento [...] llamaron a la puerta una y segunda vez y, saliendo el portero, luego que le abrió vio una gran canasta de pan blanco y reçiente sin hallar rastro de alguna persona humana que la vuiese traýdo (§53)¹⁷.

No cabe duda de que, entre los milagros que Dios obró en favor de sus fieles por intercesión de san Pedro, tanto *in vitam* como *post mortem*, aquellos que obtuvieron la salud fueron los más ostensibles. La verdad teológica que pone la salvación en el centro de la obra se mantiene. Dios no juega a capricho con el

16 AAV, Congr. Riti, processus 4, 371r (§50), sobre su paso sobre los ríos Duero, Tajo y Guadiana.

17 AAV, Congr. Riti, processus 4, 372r (§54), sobre El Pedroso, donde un hombre de Serradilla le ofreció pan y peces, espárragos y aceite para remediar a los frailes en su necesidad. También se contó que, “caminando el sancto con su compañero por Sierra Morena en tiempo de calor y hauer comido un manjar salado en una de aquellas ventas, se hallaron tan fatigados de sed que el sancto fray Pedro no lo pudo disimular y, visto que faltaua remedio humano, le pidió al çielo. Y, estando en oración, repentinamente salió un toro de entre unas matas y, huyendo ellos, los siguió hasta llevarlos a una fuente que estaua muy a trasmano del camino por donde ellos yban y, dexándolos allí la vestia, se boluió y ellos bevieron y conoçieron la virtud de Dios, que por aquella vestia avía proueydo remedio a su sed” (§56). Ver también: AAV, Congr. Riti, processus 4, 372r (§55).

hombre, sino que le propone un diálogo soteriológico en el que, si conviene, se realiza el milagro. Muchos testigos confirmaron que,

tocando sus manos a los ciegos y enfermos, sanaban de sus enfermedades y recibían la vista que tenían perdida [...]; y que, en la villa de Arenas, a ruego de otra piadosa y deuota muger, sanó el sancto un hijo suyo, que estaua quebrado, diciendo missa por esta neçesidad; y que, yendo el mismo sancto una vez a Plasença, y llegando a un lugar llamado Grimaldo, una señora del pueblo, sauido que venía, le salió a reçiuir a la fama de su sanctidad y que, teniendo un niño muy enfermo y, pidiéndole esta señora que le echase su bendición y dixese un evangelio, con solo echarle su bendición, quedó el niño tan sano y alegre que se rio con él lo que en muchos días no hauía hecho el niño (§51)¹⁸.

Resulta llamativa una última indicación del padre Montaña quien afirmó que “eran tantas las curas milagrosas que hacía, según que lo afirmaron personas muchas seglares de aquel tiempo, que por ser tan ordinarias no hacían caso de ellas; y lo mismo afirmaron e testificaron muchos religiosos que le conoçieron” (§52). Interesante.

5. LA GRACIA QUE SE DESBORDA

Aquella relación sobrenatural que san Pedro estableció con la Divina Providencia no acabó con la muerte. El franciscano, comprometido en la obra de Dios hasta su último aliento, sostuvo el torrente de gracia que brota de la sangre de Cristo en una comunión de vida eterna que trasciende la muerte.

Era tanta la eficacia y fuerza que tenía con Dios la oración del señor fray Pedro que alcançaua por ella quanto le pedía y que, después de muerto, por su interçessão, han alcanzado y alcanzan muchos de Dios remedio en sus neçesidades y que de esto da testimonio la santa madre Theresa de Jesús, a quien reueló Nuestro Señor la gloria tan grande de que goçaua este sacto y le dixo que ninguna cosa le pedirían en su nombre que no la alcançassen; y muchas

18 AAV, Congr. Riti, processus 4, 372v (§58), en que se narró la curación de la mujer de Bernardino de Medrano, en Arenas, al tocar una cuerda que había pertenecido a san Pedro; y AAV, Congr. Riti, processus 4, 372v (§59), en que una mujer de Serradilla dijo haber curado por una carta de hermandad con la firma del alcantarino “assí en aflições corporales como en sus tentações spirituales”. Todavía se contó un nuevo episodio: “Pasando el sancto por El Herradón, lugar de Tierra de Ávila, acaeciò que, jugando unos niños junto de un poço, uno de ellos cayó dentro de él y, después de mucho rato que el agua le tenía cubierto, en opinión de los que allí se hauían llegado a las voçes de los otros niños, era ya muerto, el sancto, de la cuerda suya y de su compañero, hizo una y, echándola en el poço, el niño, que estaua ya al ver de todos, ahogado, se asió de ella y salió vivo y sano” (§52).

que le commendó que pidiesse a Nuestro Señor las uio todas cumplida” (§43)¹⁹.

6. LECTOR AUTORIZADO DE LA OBRA SOBRENATURAL

No cabe duda de que, en la oración, san Pedro alcanzó un verdadero conocimiento de la voluntad de Dios sobre cada uno de los hombres y mujeres que acudieron a su consuelo. El ruido, las prisas, el trabajo desaforado de la sociedad contemporánea nos impide leer el libro de la vida. San Pedro permanecía en oración y escuchaba la voz de Dios con nitidez por eso pudo ayudar a otros a ordenar su existencia en coherencia con un proyecto eterno diseñado antes de la creación (Jer 1,5-12).

Fray Pedro tuvo espíritu de profecía y esto fue claramente conocido [...]. Y uno fue con un cauallero principal que, muy orgulloso, quería yr a tomar la posesión de cierto estado que, por muerte de otro cauallero, hauía heredado. El qual, el sancto hauía criado al pecho de su doctrina y dicho no estuuiesse tan alegre porque le hauía de suçeder, muy en breue, verse priuado del estado, honra y libertad y persiguido de sus propios deudos, y penitençiado por el Sancto Ofiçio. Lo qual todo le suçedió, assí que él mismo acordándose de la prophecía de su buen maestro, lo contaue con muchas lágrimas (§60)²⁰.

IV. LA BÚSQUEDA TENAZ DE LA HUMANIDAD NECESITADA

La crecida exigencia personal y la firme voluntad volcada en Dios parecerían apartar a san Pedro de la relación interpersonal. Nada más lejos de la realidad. Los rigores que impuso a su pobre existencia se tradujeron en gestos de consuelo y trato exquisito con propios y extraños; se manifestaron en un impulso apostólico prioritario, sostenido por la Gracia.

1. CONFIANZA EN EL SER HUMANO

La reforma del Carmelo ha contado con muchas interpretaciones. En ellas se analizan las propuestas que san Pedro trasladó a madre Teresa. Al referir la renta con que debía asegurar la viabilidad de sus palomarcillos, reconocemos un

¹⁹ AAV, Congr. Riti, processus 4, 370r (§44).

²⁰ AAV, Congr. Riti, processus 4, 373r (§61); y AAV, Congr. Riti, processus 4, 373r-373v (§62, §63, §64 y §65).

rasgo eminentemente alcantarino. Por encima de algunos recelos y de la legítima pretensión de seguridad, san Pedro exhortó a la reformadora a confiar en el ser humano, que sostendría una obra de Dios como propia. Los episodios de confianza son tantos que casi no merece destacar ninguno. Baste un ejemplo:

Hallándose la santa madre Theresa de Jesús dudosa y embaraçada en si comenzaría la fundación de sus monjas reformadas, que pretendía, con rentas o sin ellas, el sancto varón, por palabra y escripto, por ser él tan grande amator de la pobreza evangélica, siempre le aconsejó fundasse en pobreza y no en rentas. E, siguiendo este consejo como de Dios, y por mostrar en esto tan grande celo y espíritu de pobreza, el padre fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona, refiere una carta fecha en Ávila a catorce de abril de mill y quinientos y sesenta y dos por cosa exçelente y llena de sentençias y verdades maçiças y, sobre todo, de la fee y espíritu de Dios que moraua en él (§37).

2. EL ESPÍRITU DE SERVICIO

San Pedro interpretó espontáneamente la relación interpersonal como una ocasión para que el otro creciera. Se situó como escabel del necesitado para servirle, para alimentarle, para enseñarle, pues “dexaua edificados a todos aquellos con quien trataua y conuersaua” (§10). El investigador dijo que,

de tal manera se abraçó con la humildad, que toda su vida se conseruó en aquella sumisión del tiempo de su noviçiado y que por quanto más antiguo y viejo en la orden andaba tan llano y tan derribado como quando noviçio y que su gusto era andar con los demás en los officios bajos del conuento, siruiendo a sus hermanos a quien tenía por sus señores; y assí por indigno de uesarles los pies [...] y esto siendo prelado, con lo que fue muchas vezes guardián diffinidor y prouinçial de la prouinçia de San Gabriel, donde vivía entonçes” (§25).

No necesitaba exhibir sus méritos, sus virtudes; le bastaba saber que hacía lo que convenía al bien de las personas y ahí ponía su alegría²¹. “Era de tanta charidad y piedad con los pobres que él mismo, por su propia mano, les daua de comer a la puerta y les enseñaba y doctrinaua, y hablaba con ternura a los afligidos y neçessitados y se compadeçía con ellos y condolía de sus trabajos, y como si él mismo los pasara, assí los sentía” (§32).

21 AAV, Congr. Riti, processus 4, 365v (§9).

3. LA PRIORIDAD APOSTÓLICA

San Pedro pretendió, sobre todo, llevar a Cristo y su consuelo. La sociedad del quinientos careció casi de todo. Pero, fundamentalmente, tuvo necesidad de verdaderas referencias sobrenaturales y guías seguros en el océano del descrédito de las estructuras apostólicas. Algunas actuaciones eclesiales en el siglo XVI se sostuvieron más sobre el temor que sobre el impulso evangelizador. En aquel incendio de la cristiandad occidental, la afabilidad y la humildad se aliaron con san Pedro para mostrar el verdadero rostro de Cristo, que “no ha venido a ser servido, sino a servir, y dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20,28). La vida del alcantarino, *verum alter Christus*, fue el único libro que pudieron leer muchos de sus contemporáneos.

Por ser persona tan afable y humilde y de tanto olor de sanctidad, que todos se le aficionaban y deseaban ver y oír, y muchas personas de toda suerte, así hombres como mugeres, traídos de este suaue olor que le iban a buscar de muchas leguas y, quando le hallauan, haçían quenta que hauían hallado un apóstol de Jesuchristo y como a tal le oían y obedecían, dexando unos el mundo por su consejo; otros viuendo en él vida religiosa y recogida; siendo a todos viuio dechado y exemplo de toda virtud (§27)²².

4. NADIE DEFINITIVAMENTE PERDIDO

La confianza en el ser humano y su esperanza escatológica llevaron al alcantarino a buscar, infatigable, la conversión de cada persona. Acogió a cada uno antes de juzgar. Esperó el tiempo de la recolección y no dio por perdido a nadie de esta bendita tierra. Trasladó la confianza a sus relaciones en el mundo y en sus comunidades. Si Cristo no había “venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9,13), ¿quién era él para cumplir otra voluntad? Luchó incansable por cada alma abandonada a su suerte y sostuvo a muchos en la debilidad. Suplicó, indigente, por la salvación de cada persona y, aunque en vasija de barro (2Co 4,7), supo que era portador de un tesoro sempiterno.

Llegando el sancto fray Pedro a la çiudad de Áuila, en la qual estaua un cauallero de profesión ecclesiástico, vano y descuidado de su salvación y en un día que trataba de çiertas fiestas y entretenimientos de mozos olvidados de Dios, se encommendó en las oraciones del sancto fray Pedro, dándole por escripto su mala vida. Y que él se encargó de hacerlo ansí y fue con tanta eficacia que luego se vio el efecto de su oraçión por la repentina mudanza de aquel cauallero

22 AAV, Congr. Riti, processus 4, 367v (§28); y AAV, Congr. Riti, processus 4, 372r-372v (§57).

en ese mismo día de las fiestas, las cuales trocó en lágrimas y otros exerçios sanctos y humildes, en que perseveró, que causó admiración notable en todos aquellos que le conoçieron en el estado primero (§45)²³.

5. LIBERTAD DE CONCIENCIA

San Pedro manifestó también una evidente libertad de conciencia. Renunció a verse condicionado por respetos humanos que le separasen del compromiso establecido con Dios. Atendió a las necesidades del cuerpo y el alma de ricos y pobres, de señores y siervos, de mendigos y emperadores; pero no se dejó atrapar por las circunstancias²⁴.

Estando en Yuste el enperador Carlos quinto, tiniendo notiçia de su mucha virtud y sanctidad, le imbió a llamar con ánimo de comunicar con él algunas cosas de su ánimo y conçiencia. Y quedó tan edificado de la conversaçión y trato del sancto, y se le afiçionó tanto, conoçiendo su gran sanctidad y caudal, que le dixo: “Padre, mi intençión y voluntad es que os encarguéis de mi alma y seáis mi confessor”, de lo qual, con grande humildad, él se escusó; y que esto hacía el christianísimo emperador no tanto por mudar de confessor quanto por querer tener caue sí un religioso tan sancto y espiritual (§30)²⁵.

6. OPTIMISMO CREATIVO

El final de aquella relación no fue nunca la tristeza, la angustia, el temor; sino la alegría de haber encontrado la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo menor perdido (Lc 15). San Pedro había experimentado aquella abundancia del Espíritu Santo que al mismo Cristo le hizo exclamar: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños” (Lc 10,21). San Pedro no se reservó nada que pudiera llenar de luz la mísera existencia de sus discípulos:

23 Podría analizarse el episodio del Puerto el Pico y su intercesión por cierta ventera que se narra en AAV, Congr. Riti, processus 4, 368r-368v (§33). También AAV, Congr. Riti, processus 4, 370r, sobre cierto novicio que tuvo miedo de abrazar la vida religiosa (§46).

24 José Antonio Calvo Gómez, “Un fraile viene a comer. La influencia de san Pedro de Alcántara (1499-1562) entre la aristocracia de la villa y Corte de Madrid”, *Archivo Ibero Americano* 82/294 (2022): 161-210.

25 AAV, Congr. Riti, processus 4, 368r: “Le sucedió lo mismo al sancto fray Pedro con la serenísima doña Juana, prinçesa de Portugal” (§31).

Era tanta la abundancia de charidad de este sancto y la gracia que de Dios tenía de consolar con sus palabras y presencia a los que padecían alguna tristeza y tedio espiritual que, mirándole al rostro y oyendo sus palabras, quedauan animados y consolados y con esfuerzo de seguir la virtud; y que apenas trató con particularidad religioso o persona alguna que no se mejorasse su alma (§35)²⁶.

V. CONCLUSIÓN

En definitiva, san Pedro de Alcántara, en línea con otros reformadores bajomedievales, reintrodujo en España algunos rigores personales y comunitarios que espolearon la vida religiosa nacional a principios del siglo XVI. La limitación del alimento y el sueño, la descalcez y la pobreza del vestido, la sobriedad de la fábrica conventual y la renuncia a cualquier seguridad económica en forma de rentas o derechos se convirtieron en signo y distinción de una propuesta renovadora que impresionó a sus contemporáneos y movió a devoción a laicos y religiosos durante siglos.

Probablemente, en la distancia de las edades, la cristiandad contemporánea esté menos preparada para recuperar el modelo de su santidad en sus formas más rigurosas. Cuando la Iglesia canonizó al penitente alcantarino en 1669, consagró algunos rasgos que concedían un protagonismo singular a la exigencia personal, a la fuerza de la voluntad, a la renuncia, a la penitencia, que hoy costaría rehabilitar. San Pedro de Alcántara, empero, mantuvo durante siglos, mantiene hoy con mayor expectación, toda la fuerza significativa, toda la densidad de una santidad recia, tenaz, vehemente, con una relevancia si cabe mayor que entonces por el deterioro actual de la vida religiosa, laica y consagrada. Se podría concluir que, sin ir a la raíz, no es posible la verdadera reforma de la Iglesia.

En su lucha para recuperar el control de su naturaleza caída, no perdió el horizonte de la creación y recordó que el mundo, y cada uno de los hombres y mujeres que lo habitan, nacieron en justicia de las manos del creador. Su intento por recuperar la armonía de la creación, y con la creación, le llevó, por amor al creador, a la sobriedad más radical, al uso pobre de los recursos que tuvo a su alcance con algunas manifestaciones seguramente llamativas. No deja de ser revelador que, en una vuelta a la vida natural, en armonía con el medio ambiente, algunos colectivos actuales hayan postulado el cuidado de los recursos naturales

26 AAV, Congr. Riti, processus 4, 370v: “Era tan sauio y alumbrado de Dios en sus palabras, amonestaciones y exhortaciones [...] que a quantos lo oýan y trataban los dexaba edificados y mejorados en sus vidas” (§48).

en coherencia con la vida que, a resultas de su encuentro con Dios, desplegó el alcantarino hace quinientos años.

La primacía de toda relación, que cautivó su vida para siempre, la estableció con Cristo en su humanidad. San Pedro se dejó encontrar por Dios y en él configuró su vida. Pero no acogió a Dios en la ausencia. Abrazó una cruz habitada y respondió libremente a la gracia sobrenatural. “Sé de quién me he fiado”, pudo decir con san Pablo (2Tim 1,12). No dio un salto en el vacío, sino que confió en alguien que le salió al encuentro y al que dejó hacer en su alma. Cristo no le quitó nada, sino que le precedió en el amor, le confortó, elevó su existencia y resucitó su carne condenada a la muerte por el pecado. San Pedro experimentó intensamente el amor de Dios manifestado en lo concreto, en un rostro ensangrentado, y se dejó conquistar. Pero no quiso quedarse encerrado en la “interior bodega” de donde también él, como san Juan de la Cruz, de su Amado bebió hasta saciarse y salió “por aquesta vega” para llevar la alegría del reino a toda la creación.

Volvemos, entonces, para terminar, a este último rasgo que merece recapitularse. San Pedro de Alcántara, bien conocido en Extremadura y buena parte de Portugal, fue, ante todo, un apóstol alegre. Su exigencia personal se tradujo en un trato exquisito con cuantos le buscaron para comunicarle; se convirtió en alegría para los demás y gozo contenido por cumplir la voluntad de Dios. Buscó y consoló a los necesitados. Confió en las personas y no tuvo miedo en dejarse impresionar por ellas. Los que lo trataban quedaban edificados y con el ánimo de cumplir el evangelio con mayor perfección.

Su verdadera riqueza fue Cristo crucificado y, tras la muerte redentora, la gloria se manifestó en toda la creación. Fue, sobre todo, un apóstol del Resucitado. “Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20,20). San Pedro, configurado con Cristo por el ministerio sacerdotal y por la voluntaria asunción de la cruz, llevó la alegría del Resucitado a un “pueblo que caminaba en tinieblas” (Is 9,1). Ya sabía él de las miserias del ser humano; pero conoció también que nadie estaba definitivamente perdido porque había comprendido la grandeza de Dios que se ha empeñado en elevar a cada uno de nosotros para hacernos sus hijos. Y al cabo, ¿resulta o no resulta san Pedro de Alcántara un modelo posible, un modelo necesario para el siglo XXI?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acebal Luján, Mariano. “Pierre d’Alcantara, Saint”, en *Dictionnaire de Spiritualité* XII, 1489-1495. Paris: Beauchesne, 1986.

- Alcalá, Marcos de. *Crónica de la santa provincia de San Joseh... Vida portentosa del penitente admirable y contemplativo altísimo san Pedro de Alcántara*, primera parte. Madrid: Imprenta de Manuel Fernández, 1736.
- Alonso Planchuelo, Sebastián. “Relaciones espirituales entre san Pedro de Alcántara y Santa Teresa”. *Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacerenses* 47 (1999): 99-102.
- Amengual Coll, Gabriel. “Interioridad habitada. Ipseidad y alteridad en las 'moradas' de santa Teresa de Jesús”. *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 16 (2021): 39-54.
- Barrado Manzano, Arcángel. *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida*. Madrid: Editorial Cisneros, 1965.
- Calvo Gómez, José Antonio. “El modelo de la santidad de la contrarreforma y la construcción de la nación española”. *Archivo Ibero Americano* 74/279 (2014): 617-666.
- Calvo Gómez, José Antonio. “La fama de virtud heroica y la fama de gracias y favores en el modelo de la santidad de la contrarreforma española. El primer interrogatorio sobre la vida y milagros de san Pedro de Alcántara (1499- 1562)”. *Archivo Ibero Americano* 75/280 (2015): 47-108.
- Calvo Gómez, José Antonio. “El estatuto de limpieza de sangre en los procesos de canonización. La investigación sobre san Pedro, nacido en Alcántara en 1499”. *Archivo Ibero Americano* 76/283 (julio-diciembre 2016): 601-692.
- Calvo Gómez, José Antonio. “La virtud heroica y el dominio sobre la naturaleza. La memoria sobre los milagros de san Pedro de Alcántara (1499-1562) en la diócesis de Coria”. *Archivo Ibero Americano* 80/290 (2020): 291-391.
- Calvo Gómez, José Antonio. “Un fraile viene a comer. La influencia de san Pedro de Alcántara (1499-1562) entre la aristocracia de la villa y Corte de Madrid”. *Archivo Ibero Americano* 82/294 (2022): 161-210.
- Domínguez Moreno, José María. “Milagros eucarísticos cacerenses”. *Revista de folklore* 449 (2019): 15-29.
- Fernández Sánchez, Teodoro. “El consistorio para la canonización de san Pedro de Alcántara (Roma, 28 de abril de 1669)”. *Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacerenses* 47 (1999): 13-30.
- García Mogollón, Florencio-Javier. “San Pedro de Alcántara y santa Teresa de Jesús. Arte e iconografía”. *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 13 (2018): 395-428.
- Huerta, Antonio de. *Historia y admirable vida del glorioso padre san Pedro de Alcántara*. Madrid: Imprenta de María Rey, 1669.
- Juan de la Trinidad. *Crónica de la provincia de San Gabriel de frailes descalzos de la apostólica Orden de los menores de la regular observancia de nuestro seráfico padre san Francisco*. Sevilla: Imprenta de Juan de Ossuna, 1652.
- Juan de San Bernardo. *Crónica de la vida admirable y milagrosas haçañas del admirable portento de la penitencia san Pedro de Alcántara, reformador de la Orden Seráfica*. Nápoles: Imprenta de Gerónimo Fasulo, 1667.

- Juan de Santa María. *Crónica de la provincia de San Joseph de los descalzos de la Orden de los menores de nuestro seráfico padre san Francisco*. Madrid: Imprenta Real, 1615.
- Lázaro Pulido, Manuel. “San Pedro de Alcántara de Enrique Pérez Comendador: una aproximación filosófico-teológica”. *Cauriensia. Revista anual de ciencias eclesiásticas* 9 (2014): 213-243.
- Martín de San José. *Primera parte de la historia de los padres descalzos franciscos. Historia de las vidas y milagros de nuestro beato padre frai Pedro de Alcántara*. Arévalo: Imprenta de Gerónimo Murillo, 1644.
- Martínez Fresneda, Francisco. “Vida y escritos de San Pedro de Alcántara”. *Carthaginensia: Revista de estudios e investigación* 14 (1998): 419-425.
- Merino, José Antonio (ed.). *Un hombre de ayer y de hoy, san Pedro de Alcántara*. Madrid: Editorial Cisneros, 1976.
- Meseguer Fernández, Juan. “Camino de perfección de San Pedro de Alcántara”. *Archivo Ibero Americano* 39 (1979): 467-471.
- Navarro, Tiburcio. *Sanctus Petrus de Alcantara post mortem redivivus sive fructus posthumi quos Ecclesia catholica ex fundata ab ipso provincia S. Josephi discalceatorum et ab aliis ex ista emanatis percepit*. Roma: Typis Angeli Bernabó, 1669.
- Peirats Navarro, Anna Isabel. “Christus medicus: teologia i metàfora de la curació espiritual”. *Zeitschrift für Katalanistik: Revista d’Estudis Catalans* 35 (2022): 203-237.
- Pobladora, Melchor de. “Prodromi beatificationis Sancti Petri de Alcantara (1615-1622)”. *Collectanea franciscana* 37 (1967): 286-305.
- Sánchez Sánchez, David. “Cofradías sacramentales a principios del siglo XVI como reflejo de la devoción eucarística tardomedieval”. *Specula. Revista de Humanidades y Espiritualidad* 3 (2022): 171-191.
- Sanz Valdivieso, Rafael (ed.). *Místicos franciscanos españoles I. Vida y escritos de san Pedro de Alcántara*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- Villasante, Luis. “Doctrina de san Pedro de Alcántara sobre la oración mental”. *Verdad y vida: revista de las ciencias del espíritu* 21 (1963): 207-255.

José Antonio Calvo Gómez
 Instituto Español de Historia Eclesiástica. Roma
 Universidad Pontificia de Salamanca
 C/ Compañía, 5
 37002 Salamanca (España)
<http://orcid.org/0000-0002-9483-6866>